

CARPE TA CERO

CeDInCl

PROSA

ROGER PLA

ALVARO YUNQUE

FERNANDO R. MORENO

MIGUEL ALASCIO CORTAZAR

GRABADOS

OMAR BRACHETTI

DEMETRIO URRUCHUA

BRUNO WIDMANN

ITALO GRASSI

VICTOR L. REBUFFO

HERALDO PRADO



TRAGEDIA DEL AGRO - 1943

VICTOR L. REBUFFO

XILOGRAFIA DE TACÓ ORIGINAL

LAS CATARATAS

CAPITULO DE NOVELA
ROGER PLA

GRABADOS
OMAR BRACHETTI

CASA ROTA* —que antes pensé titular LOS VIAJES SECRETOS— está formada por más de setenta fragmentos titulados. Quizá sea un error anticipar uno de ellos, pues no es éste un libro de un solo lenguaje, ni de una sola técnica, ni de un asunto único. En todo caso, la unidad está dada por el tema —la fractura de las situaciones, las "casas" en las que el hombre estuvo hasta entonces instalado, y por supuesto no sólo la casa hogareña sino la social, la ideológica, la cósmica...— a través de personajes de distinta extracción social, distintos niveles de realidad, de modo que el estilo cambia según esos niveles, el carácter de esos personajes, la situación, las diversas historias, hilvanadas en todo caso por el sencillo asunto de un individuo que en su deambular por diversos estratos de la realidad parece descubrir con un mayor grado de conciencia los matices de este gran quebrantamiento que cambia su óptica ante las cosas mismas, los objetos, el país, proyectado en momentos esporádicos de la historia —las historias— hacia Latinoamérica. Situación ésta que arrastra no sólo al individuo y su pasado privado sino al de su país, sus mitos, folklóricos o ciudadanos, y donde la vida cotidiana, lo insólito, la violencia, la soledad, el sueño, la fantasía, se dan en el libro a un mismo nivel de realidad —pues todas son al fin de cuentas realidades en fractura y crisis— no sin que la cosa esté, más que dramatizada, recorrida por un cierto sentido del humor, como si se supiera que la tragedia no es nunca tan trágica, ni la alegría tan alegre como se muestra. **Roger Plá.**

* Novela finalista en el Concurso Internacional Seix-Barral 1970. (Nota de la Dirección).

Una neutralidad obstinada. Más que neutralidad, una obstinación en hablar de otra cosa, en apartarlo del tema. Que una piedra pueda hablar, no se admite en ninguna parte. Don Godoy parecía admitirlo, sin embargo. Y Diego lo había admitido aun sin saberlo desde hacía mucho tiempo, quizá desde que se sentía metamorfoseado en la partícula de metal que anda por el aire, dispuesta a seguir la atracción inesperada del imán. No podía saber ahora qué cosas le había dicho la piedra a don Godoy, en qué lenguaje le había hablado, cómo don Godoy había aprendido este lenguaje, y, en realidad, ni siquiera sabía que se habían producido estos diálogos, que don Godoy había entablado semejante amistad. Podía sospecharlo, es cierto, pues más de una vez lo había visto inmóvil frente a la Rosa del Inca, que solía depositar sobre la mesa del bar de Cosme, y cuando él la vio por primera vez, comprobando súbitamente la maravillosa coincidencia, el anillo de Laura con la Rosa del Inca y la historia del alemán que había descubierto quizás el primero la belleza oculta en sus vetas verde-ocres, que la había pulido y engarzado, quizás ese alemán también había entendido el lenguaje de la piedra, cuando aquella vez don Godoy se la alcanzó y él la tuvo entre los dedos se le quedó grabada la mirada entre socarrona y penetrante del viejo, ¿por qué raro, don? dijo el viejo (el había exclamado: ¡qué raro! recordando el anillo de Laura) porque vi una vez un anillo con una piedra como ésta, dijo Diego, una Rosa del Inca.

—¡Ah! —dijo don Godoy, y algo así como una decepción cruzó por sus ojos. ¿Había esperado acaso de él una comprensión súbita, un ingreso repentino en su amistad secreta? Bueno, dijo la piedra, basta de eso, volvamos a la realidad. Era comprensible que después de algunos remilgos Rosa le hubiera dado a Amalia la piedra por cien pesos. Rosa jamás volvería a la realidad.

Metió la mano en el bolsillo del saco manteniendo la piedra entre los dedos y echó el cuerpo hacia atrás para sujetar el descenso. Al costado de la avenida el sendero descendía hacia la calle. El mismo barrio obrero de casas sin revocar, más allá, el mismo campo en uno de cuyos postes había visto una vez apoyado a un falso Venancio.

—No —dijo la piedra—. A la izquierda.

Siguió por la izquierda de la avenida, que se levantaba en lo alto, sobre nivel, en lugar de cruzar hacia el barrio de ladrillos sin revoque y la imagen de Venancio al borde del potrero, allí donde había dejado al escarabajo junto al tronco del árbol. Bordeaba la montaña de juguete un sendero angosto, con huellas de pisadas, y siguió por él colocando a veces un pie delante del otro para no salirse del surco, rozando siempre la piedra con las yemas de los dedos dentro del bolsillo. Una ruina humana envuelta en harapos estaba recostada en el declive de la loma, al lado del camino. Reconoció a Ursus.

—Hola, Ursus —saludó—. ¿Va a dormir aquí la siesta?

—No —dijo Ursus, sin moverse—. Estoy esperando a Ulrico.

Diego cerró instintivamente la mano derecha sobre la piedra, dentro del bolsillo. Sintió la piel tirante del dorso, donde estaba el último recuerdo de Ulrico. Guardián en Plaza del Congreso, vagabundo en el Parque Lezama, guía en el Amazonas, ¿qué haría aquí?

—¿Qué hace Ulrico aquí? —preguntó.

—Nada —dijo Ursus—. Nunca hace Ulrico nada.

A Diego le constaba que eso no era cierto, pero no quiso discutir. Apretó con más fuerza el puño y las uñas se le clavaron en la palma. La piedra dijo algo junto a la piel de su mano pero no la entendió. La piedra habla de otra cosa. Ulrico también habla de otra cosa. Tuvo una sospecha súbita de que había una secreta vinculación entre Ulrico y la piedra. Sólo podía desconfiar de ella con el dolor con que se puede desconfiar de la mujer amada. Alzó la cabeza y vio descender por la cuesta, desde la avenida, a Ulrico. Era extraño. Un guardián —o ex guardián, no sabía bien— infringiendo las normas. Descender por la cuesta de césped, donde no hay camino, estaba prohibido. ¿No había ningún guardián, ahora, que persiguiera a Ulrico? Vio avanzar su cuerpo a impulsos, sacudiéndose como un resorte en el descenso, y Ursus también lo había visto (aunque estaba de espaldas a la cuesta y no había vuelto la cabeza) porque empezó a levantarse del suelo y a murmurar: Tarde, siempre tarde.

—¿Tarde qué? —preguntó Diego, en el momento en que, de un salto ágil, Ulrico caía sobre el camino, frente a ellos.

—Esperar —dijo Ursus—. Siempre esperar. Pueden nacer gatitos.

Esta última frase la dijo ya para Ulrico, que miró alternativamente a Ursus y a Diego. Había cambiado la forma de su barba, que ahora remataba en punta a cuatro dedos del mentón, pero en lo demás estaba idéntico. Sus grandes ojos azules, solamente, no eran infantiles sino más bien enérgicos.

—Muy sucio —le dijo a Ursus, señalándole los andrajos del pantalón—. Costras de murgre en los dedos de los pies.

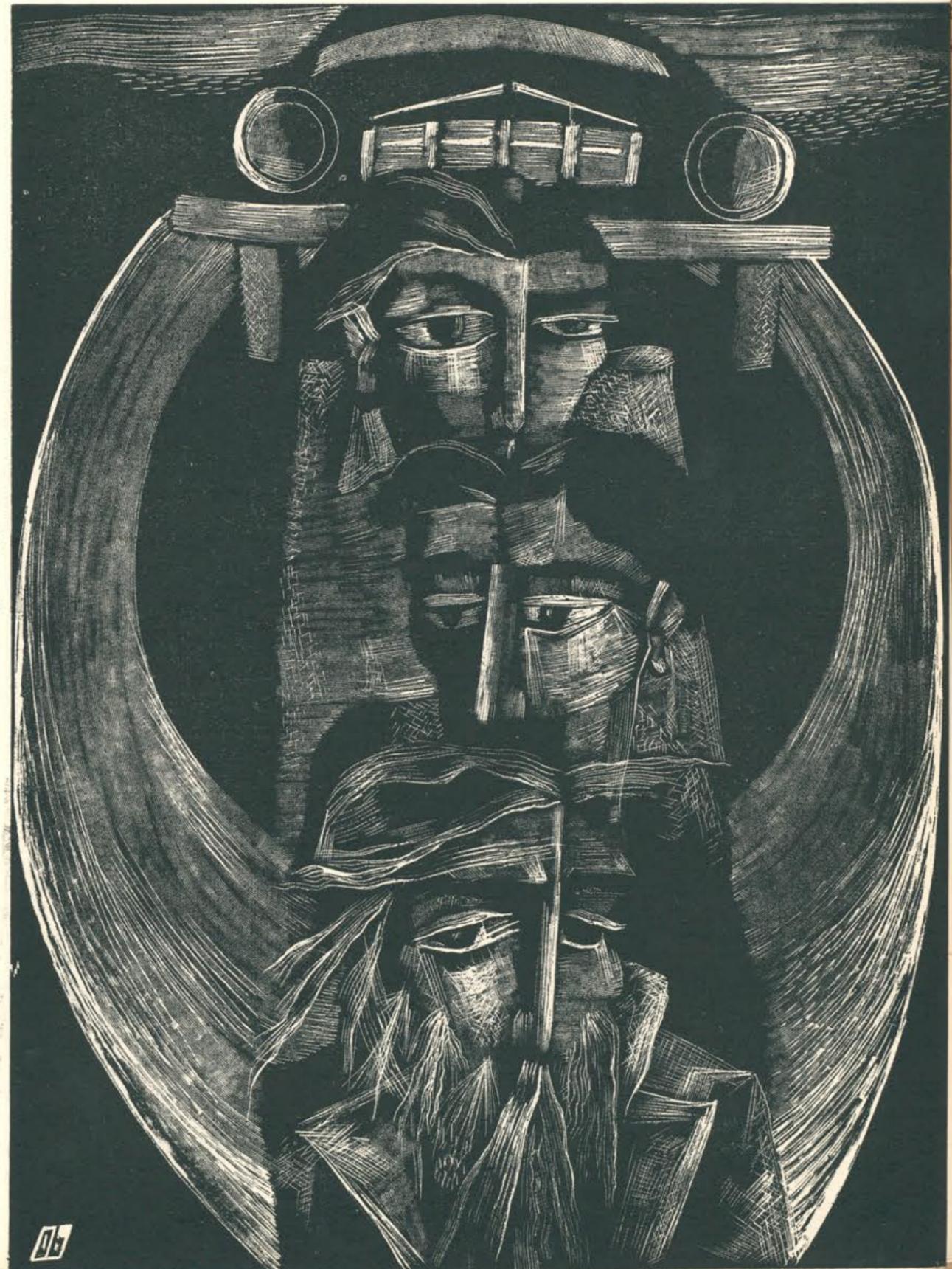
—Prulaskas dem niflheim —dijo Ursus, algo amoscado.

—¿Qué habla? —preguntó Diego.

—Linyera —dijo Ulrico—. Dice que estuvo nadando en la ciénaga.

—Lestri —añadió Ursus, mirando a Ulrico con una vergonzosa humildad, casi suplicante—. Genti lestri.

—Gatitos —dijo Ulrico y tomó a Diego de un brazo—. Dice que han nacido gatitos. Venga.



CION:
AZAR
ENO
ADO
DEZ

—Dígale que hable en castellano —dijo Diego, algo irritado—. No me gusta que hablen delante de mí idiomas extraños.

—Bueno —dijo Ulrico, y señaló la boca del túnel que se abría a un costado del senderillo por el que caminaban en fila india, pues no cabían uno al lado de otro. Ulrico iba adelante, Diego atrás, y Ursus cerraba la marcha. Si quisiera escaparme no podría, pensó Diego sin miedo ni angustia. Me han colocado entre los dos para custodiarme.

El túnel tenía por objeto atravesar por debajo la avenida. Arriba, corrían los automóviles y los colectivos. Podían oírse sus bocinazos, el ruido de sus ruedas, las frenadas bruscas. Entraron en el túnel conservando la misma disposición, sólo que ahora en fila horizontal. Diego en el centro, Ulrico a la derecha, Ursus a la izquierda. El túnel estaba algo oscuro.

—Es una vergüenza —dijo Ulrico—. La Municipalidad debería iluminar mejor estos sitios.

—Gente orina aquí —dijo Ursus—. Y caga.

El tubo. Otra vez los tubos. Prolongación del gran sistema intestinal. Topo. Soy un topo que horada por dentro la ciudad, recorro el interior de las tripas deslizándome por su tobogán resbaloso, hecho de grasa y mucosa y techado de membranas blandas, pegajosas. Yo circunscrito por la circunferencia interior de la tripa. Las paredes interiores del túnel estaban húmedas, cubiertas por el terciopelo viscoso de la humedad que hacía sonar blandamente las palabras de Ulrico que hablaba sin tregua, tan blandamente que a veces se desvanecía su significado y quedaba sólo un susurro reconfortante, cálido, un susurro que invitaba al adormecimiento. Ulrico hablaba de gatitos, ciénaga, el Martín Fierro, un fuerte español destruido por los indios, el Centenario, Racing campeón del mundo, la irrupción de mazorqueros armados en una casa desprevenida, el estreno de **Mi noche triste** por Carlos Gardel, la diligencia de Facundo Quiroga detenida por Santos Pérez y sus hombres, los últimos atentados terroristas, la pelea de Firpo con Dempsey, las invasiones inglesas y otros episodios nacionales en los que había intervenido de un modo o de otro. Pero Diego oía mal o no oía, no te duermas, le dijo la piedra desde el interior de su bolsillo, caminaba entre Ursus y Ulrico con los ojos entornados, como alguien que sólo desea una cama para tirarse a dormir. Abrió los ojos, de pronto, porque en el otro extremo invisible del túnel empezaba a crecer un ruido atronador, como las cataratas del Iguazú.

—¡Oh, Diego, las cataratas! —dijo Claudia en lo alto del monte, extendiendo un brazo, deslumbrada—. ¡Qué hermosa!

Diego miró las cascadas, sucediéndose a trechos como escalones monstruosos de agua, precipitándose en un torbellino de espuma que se mezclaba con las nubes, la nube-espuma, la

espuma-nube, la tierra, el agua y el cielo mezclándose en un solo estallido fragancioso y terrible. El ruido no dejaba oír las palabras de Claudia que acercó su boca casi hasta su oído.

—¡Tenía razón Roosevelt! ¡Poor Niágara!

Las grandes orquídeas rojas y azules salpicando el matorral, las orquídeas volantes de las mariposas grandes como una mano, el aire cuajado de colores y perfumes, incrustado de cantos de pájaros y atravesado también por las alas brillantes de los colibríes, todo dentro del ruido enloquecedor de las aguas, abajo y arriba, colores, olores, espumas, revolviéndose en una aceleración exaltada, como si el tiempo se precipitara sobre el mundo mordiéndose la cola y enroscándose en una agitación enloquecida, el tiempo que puede cuajar en una inmovilidad de estatua y puede hervir en un estallido de fragua. Claudia se apretaba a su brazo, protegiéndose en él contra ese desmoronamiento súbito del cielo y la tierra. Entonces Claudia era dulce y el amor la impregnaba, Diego sentía que allí estaba la paz, el descanso, al fin la pareja lograda, si Claudia hubiera sido realmente así, o solamente así, eso es, solamente, era así pero también era otras cosas, ambición, cólera, codicia, egoísmo, esas otras cosas destruyeron a la Claudia que ahora se apretaba a su brazo, si no la hubieran destruido, si Claudia, Laura, Raquel hubiesen sido como yo creía, si todas las demás no hubiesen sido nada más que todas las demás, si mi abuela tuviera cuatro ruedas sería un automóvil.

—Tengo miedo —dijo Claudia—, volvamos.

El descenso por el camino en declive con Claudia incrustada como siempre a un costado del cuerpo, no puedo negarte que me has resucitado, Claudia, quizá un poco tarde, no sé, estoy acercándome a los cincuenta, resucitado, ton regard divin m'a soudain refleuri. En el camino tres gurises andrajosos rondaban el auto como perros que olfatean un animal extraño. Mestizos. Alguno quizá indiecito puro. Se volvieron los tres, como sincronizados. Los grandes ojos oscuros perplejos, hambrientos, mirando con inagotable asombro un mundo misteriosamente ajeno, las manitas oscuras pidiendo limosna. El acceso de ternura de Claudia y el retroceso algo desconfiado de los chicos, el más pequeño dejó que Claudia se acercara con sus manos tendidas y su sonrisa llamándolo, tenía el vientre abultado y las piernas flaquísimas, anquilostomiasis, Claudia lo alcanzó y lo apretó contra su cuerpo, alzó la cabeza, mirando a Diego, el pelo lacio caído a los lados de la cara.

—Oh, Diego, es terrible, no se puede vivir en un mundo donde ocurre esto, y arriba, viste, el paisaje.

Las palabras algo incoherentes de Claudia que Diego comprendía perfectamente, los dedos largos revolviendo la pelambre enmarañada del gurí, la Culpa aleteando sobre sus cabezas, descendiendo poco a poco su nube negra. Seguía la nube negra flotando sobre el auto en el



camino por la selva tupida, alborotada a trechos por los chillidos de los monitos aulladores. Una gran mariposa se estrelló contra el parabrisas y espolvoreó el cristal con su polvo amarillo y rojo. Claudia tenía los ojos cerrados y la cabeza recostada en su hombro, la Culpa flotando sobre el silencio de Diego y de Claudia.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Diego tocando el brazo de Ulrico. La barbita recortada en punta (era más negra que la otra vez, seguramente se la había teñido) apuntó hacia él.

—¿Qué ruido? —preguntó Ulrico.

—Las cataratas —dijo Diego.

Ulrico miró hacia el techo del túnel. Diego advirtió que era más angosto y oscuro, ahora, y que del techo se filtraba lentamente una capa de barro muy fino, un lodo semejante a una pomada negra. El ruido, en realidad, llegaba desde allí, como cuando enceran o rasquetean el piso de arriba. Ursus se había puesto a mirar a Diego y se rascaba la barba.

—El túnel pasa ahora bajo la ciénaga —dijo Ulrico.

—La ciénaga es silenciosa —dijo Diego—. Ninguna ciénaga hace ruido.

—Arriba es silenciosa —dijo Ulrico—. Pero abajo hierve. Es un hervor continuo.

—Sin embargo el túnel pasaba bajo la avenida —insistió Diego—. Debe ser el tráfico. Salía del otro lado.

—Eso es por la derecha —dijo Ulrico—. Pero tomamos hacia la izquierda. Venga.

Echó a andar, imitado por Ursus, y no tuvo más remedio que seguirlo. El suelo se hacía ahora húmedo. Recordó el sueño con Claudia y Leiva, la silla que se precipitaba hacia la ciénaga rodando sobre la ceniza. No había aquí ceniza. Más bien un lodo pegajoso que chasqueaba bajo la suela de los zapatos. El mismo lodo que se filtraba desde el techo, sin duda. También se filtraba el olor de un modo cada vez más penetrante. El espeso olor pútrido. Era comprensible que la Municipalidad hiciera túneles bajo la ancha avenida. Pero no alcanzaba a comprender el objeto que podía tener un túnel debajo de la ciénaga.

—Así marchan las obras municipales —dijo Diego—. No tiene objeto construir un túnel bajo la ciénaga.

—No lo hizo la Municipalidad —dijo Ulrico, algo fastidiado.

—Lestri —dijo Ursus—. Genti lestri.

—Ya veremos los gatitos —dijo Ulrico—. Y el señor Brull no quiere que hables en linyera.

Una gota de lodo cayó en ese instante sobre la mejilla de Diego. Sintió un escalofrío, como si lo hubiese tocado un reptil, y se llevó la mano al pómulos. Quiso mirarse en el dedo la mancha del lodo pero ya estaba demasiado oscuro. No distinguía la punta de los dedos. Empezó a sentir miedo. ¿No lo abandonarían allí Ulrico y Ursus? Metió la mano en el bolsillo del

saco tanteando la piedra, y la sacó, acercándosela encerrada en el puño a la cara, pensando que quizá la piedra le dijera algo al sentir el contacto de sus dedos. Pero la piedra no dijo una palabra. "Quizás porque tengo los dedos sucios de lodo", pensó.

—Ulrico —llamó—. Ursus.

—Abadir —dijo la voz de Ursus, en su maldito idioma.

—¡Ulrico! —gritó fastidiado Diego.

—Sí —dijo la voz de Ulrico—. Estoy aquí.

Se le acercaban. Percibió el bulto confuso de sus cuerpos. Ahora los goterones de barro caían pausadamente y con regularidad, uno tras otro, sobre su cara y su cabeza. Los sentía aplastarse contra el pelo en un chasquido apagado, gelatinoso. La oscuridad era ya negra como el barro. ¿O acaso no es oscuridad sino barro, y estoy rodeado de barro?, pensó. "Quizás estoy en el fondo de la ciénaga". Movié una mano, lentamente, pensando que debería atravesar con su mano la pomada negra. Pero la mano sólo atravesaba el aire oscuro. Además, respiraba. Podía respirar, aunque con algún esfuerzo. "No estoy rodeado de oscuridad". Sin embargo, el techo era visible aún en esa oscuridad. Se veía aunque en su propia negrura, iluminado por una luz negra, si puede decirse así, un reflejo de carbón, de ojo de gato, de azabache lustroso. Veía gotear desde allí el lodo, cada vez con más continuidad y abundancia, y trató de protegerse con las manos pero el lodo seguía cayéndole sobre el pelo, la cara, resbalaba ahora sobre los hombros, caía directamente sobre su cuerpo. Era inevitable que la angustia se apoderara de él, y dio unos pasos, llamando otra vez a Ulrico y a Ursus. Pero ahora nadie le contestó. Comprendió rápidamente. Había sido víctima de una celada. Lo habían llevado hasta allí y lo habían dejado solo en el barro. Entonces el techo del túnel, viscoso y chorreante de barro, empezó a disolverse en ese mismo barro. Cedía, se abría al torrente negro. Comprendió al instante que la avalancha de lodo se precipitaría sobre él, y abrió las manos, como si fuera posible atajar con las palmas de las manos algo semejante. Tal como lo había temido el techo se abrió, y el lodo empezó a descender hacia él. No como podría ocurrir con un barro vulgar que caería de golpe aplastándolo, sino como un alquitrán que se derrite. Poco a poco, curvándose hacia abajo en abultadas panzas negras y chorreantes, curvas espesas que por su propio peso iban descendiendo dejando caer goterones cada vez más grandes, el barro bajaba hacia él. Dio unos pasos para huir, pero tuvo que encogerse para no chocar contra las curvas del techo que descendía derretido en ese mercurio repugnante, y así, encogido, la huida parecía imposible, no se veía además escapatoria alguna en la oscuridad. En ese momento las curvas de barro consistente que llegaban ya hasta su cuerpo inclinado, como cediendo bajo su propio peso, se quebraron. Y el lodo sí se precipitó entonces de golpe, en un desmoronamiento total. Cayó sentado, en

una posición algo ridícula, el cuello distendido mirando esa catarata brusca de barro que caía sobre él, cubriéndolo. Pensó en la piedra, y abrió la mano y volvió a cerrarla, sin sentirla, sólo se sentía el chasquido pegajoso del barro. La había perdido.

—¡Ulrico! ¡Ulrico! —gritó.

Nadie le contestó. El barro cubrió rápidamente sus piernas, la cintura, se derramó sobre sus hombros, subió, llegó hasta el cuello, chapoteó con los brazos inútilmente, de las manos alzadas chorreaban lenguas negras y gelatinosas, sintió en la boca el gusto a podrido del lodo, la boca se fue llenando de ese lodo y haciendo un esfuerzo tragó, como el que tiene que tragar a la fuerza un remedio nauseabundo.



CeDInCI

TRES DOMINGOS

CUENTO
ALVARO YUNQUE
MONOCOPIA
DEMETRIO URRUCHUA

La enfermera pasa avisando: la hora de visita ya terminó.

—¡Son las 16, señores, son las 16 horas, señores!

Lorenzo saca una mano de entre las sábanas y se la estira a su amigo Conrado:

—Adiós.

—¡Adiós, no! —corrige Conrado—. El próximo domingo volveré a visitarte.

—Gracias, Conrado. ¡Es tan triste el hospital! Es tan triste ver que los demás reciben visitas y uno aquí, solo, abandonado. No dejés de venir.

—Si pudiese vendría también los jueves; pero ya sabés, Lorenzo, las lecciones son muchas...

—Comprendo, comprendo; hasta el domingo.

—Hasta el domingo. —Y se estrecharon las manos largamente.

Al llegar a la puerta, Conrado se vuelve para sonreír a su amigo, que también le sonríe. Una sonrisa falsa, casi dolorosa, una mueca más que una sonrisa.

Ya afuera, en el jardín del hospital, rumoroso de visitantes, Conrado respira profundamente, admirado de la visión que deja: la sala, tan triste, con sus lechos blancos.

Y piensa en Lorenzo.

—¡Pobre! —murmura—. ¡Pobre muchacho!

Lorenzo está solo en Buenos Aires. Vive en una casa de pensión, cursa el cuarto año.

—¡Pobre Lorenzo! —se repite—. Solo, en una ciudad tan grande, rodeado de desconocidos, pensando siempre en sus padres, tan lejos, allá en un pueblucho de Catamarca. Ahora esta enfermedad que lo hace atrasar en sus estudios, quizá perder el año. ¡Pobre! Lo vendré a visitar todos los domingos —se dice, resueltamente.

Conrado compara su suerte con la del compañero que acaba de dejar en su cama del hospital blanco y frío. El es fuerte, con padres y hermanos mayores. Si él se enfermara, no le ocurriría lo que a Lorenzo. Tener que internarse en un hospital, frío y triste. El estaría bien atendido, en su casa, teniendo a su lado, siempre, a la madre cariñosa, al padre solícito, a sus hermanos mayores, su hermana Lisa que él quiere tanto... Y vuelve a pensar en Lorenzo, en su mirada al despedirse, como si se despidieran para siempre.

—¡Pero no, no! —se dice Conrado en voz alta—. Para siempre, ¡no! Volveré el domingo próximo. Volveré todos los domingos hasta que se cure. Porque Lorenzo se curará. Tiene que curarse forzosamente. Se curará. —Ya casi grita, y apresura el paso.

Los días de la semana van pasando, lentos. El sábado a la noche, al acostarse, Conrado dice a la madre:

—Mañana iré al hospital. Visitaré a Lorenzo. ¡Se alegra tanto al verme! El pobre está solo, no tiene quien lo visite. Los padres lejos, en su provincia.

—¿Vas a salir mañana? —pregunta la madre, y agrega—: Estás resfriado. Quizá no te convenga salir a la calle. Está lloviendo, hay viento.

—¿Cómo voy a dejar de ir, mamá? Lorenzo me espera. Oyeses con qué voz me decía: "No dejés de venir".

Pero el día amanece lluvioso. Conrado no se siente bien. ¿No tendrá fiebre? Se pone el termómetro. No llega a 37 grados. No tiene fiebre; pero si sale con este viento y esta lluvia, su catarro puede convertirse en una pulmonía. Se quedará en casa. Es preciso cuidarse. Oirá la ra-



dio, estudiará, leerá una novela de aventuras que tiene comenzada. Todo esto es más grato que salir a la calle con viento y lluvia, ir al hospital, frío y triste, ver al pobre Lorenzo, pálido, exangüe, hablando estropajosamente de sus padres, lejanos, de su provincia lejana.

Y ese domingo Conrado decide no ir al hospital.

—Iré el próximo, ¡sin falta! —se promete—. Sin falta. Sería una infamia no ir a ver al pobre Lorenzo. Si yo no voy, ¿quién va a ir? ¡Nadie! No me tiene más que a mí en el mundo. Los demás compañeros de clase no van a perder una tarde de domingo yendo al hospital. ¡Iré sin falta! —termina.

Vuelven a pasar los días de la semana, lentos, monótonos, y llega el domingo.

—Hoy iré a ver a Lorenzo —se dice Conrado mientras comienza a vestirse.

Pero suena el teléfono:

—¡Hola! ¿Quién es?

—Yo, ¡Gabriela! —responde la voz cantarina de la muchacha—. Esta tarde voy a ir a tu casa, a que cumplas la promesa que me hiciste.

—Sí, me acuerdo, Gabriela, pero...

—¡No hay pero que valga! Esta tarde a las catorce, después del almuerzo, estaré en tu casa —impone Gabriela.

—Bueno —contesta Conrado, y cuelga el tubo—. ¿Qué hacer? —medita—. No puedo hacer las dos cosas a la vez. No puedo ir al hospital, a ver a Lorenzo, y también quedarme a enseñarle el ajedrez a Gabriela... Además, a Gabriela le prometí antes que a Lorenzo... Me quedaré. El otro domingo iré a ver a Lorenzo. Si la desairo, diciéndole que no, Gabriela puede ofenderse, enojarse, no hablarme más. Yo la conozco. Y se pone tan linda cuando se enoja. Más linda aún de lo que es ella. Los ojos le echan llamas, las mejillas se le enrojecen... ¡Si es linda Gabriela!

Y ese domingo lo pasa enseñando a jugar el ajedrez a la linda muchacha, oyendo su voz musical, sintiendo el perfume delicioso de su cabellera rubia. Qué diferente esto a estar allí, en la sala fría y triste, junto a Lorenzo quejumbroso, pesimista, oyéndolo decir:

—Acordate, Conrado, me parece que no vuelvo más a Catamarca. No veré más a mi madre.

—¡No digás disparates, Lorenzo!

—Puede ser que exagere, pero lo que yo tengo es grave, ¡gravísimo! Se le ve en los ojos al médico cuando me revisa. Yo lo miro en los ojos, como preguntándole. El mira para otro lado.

Ahora no es a Lorenzo a quien oye, es a Gabriela. Oye sus carcajadas, sus exclamaciones de asombro. Por instantes, Conrado se arrepiente de no haber ido al hospital, a ver al camarada enfermo. Sacude la cabeza, mira a la linda muchacha que tiene allí adelante, piensa en otra cosa... Y se jura:

—El próximo domingo iré sin falta.

Y echan a desfilar, lentos, los días.

Se levanta el domingo dispuesto a hacer su visita al hospital. Pero le habla otro camarada:

—¡Hola! ¿A que no sabés por qué te hablo?

—No sé.

—Tengo dos entradas para ver el partido de Boca y River. Te hablo para invitarte a ir.

—No puedo.

—¿Cómo no podés? No son entradas para la tribuna popular. Son entradas de palco. ¿Has visto alguna vez un partido así desde palco? Mirá que hoy se define el campeonato...

—Escuchá: Tengo que ir al hospital, a ver a Lorenzo.

—Vas otro día, y le contás el partido.

—Pero...

—Es el mejor partido del año, ¿eh?

¿Qué contestar? Duda. El otro insiste. Alaba a este jugador, expone las posibles incidencias, la seguridad de que ha de ganar Boca, y ellos son hinchas de Boca.

—¿Te das cuenta lo que será eso cuando Boca salga campeón?

—Bueno, iré.

Conrado cuelga el tubo, y piensa. Conrado está triste. Se ha dejado tentar, ha sido débil. Y el pobre Lorenzo, allá, solo, en su cama, esperándolo.

—El domingo que viene iré sin falta. Aunque lluevan rayos, aunque venga un ángel a que le enseñe el ajedrez, aunque juegue quien juegue, ¡iré a ver a Lorenzo! —se propone.

Y vuelven a pasar, lentos, los días de la semana. Esta vez le parece que pasan más lentos aún. Se siente ansioso. Jueves, viernes, sábado. ¡Por fin! ¡El domingo! Despierta a las seis. Quisiera empujar las horas, que llegasen pronto las 13 para ya encontrarse en el hospital, junto a la cama de Lorenzo, explicándole por qué ha faltado los otros domingos, justificándose...

A las 12 y media está en la puerta del hospital, y entra corriendo. Se dirige a la sala. Busca. En el lecho donde estaba su amigo hay otro enfermo, un hombre somnolento.

—Lo habrán cambiado de sala —se dice Conrado.

Pregunta a una enfermera:

—¿Y el que estaba en esa cama?

—¿El 55? —responde la enfermera—. ¿Un muchacho morocho?—

—Sí.

—Murió.

—¿Cuándo?

—Lo enterraron ayer.

—¿Ayer?

—¿Qué le pasa?

—Nada.

Conrado, tambaleante, sintiendo como si se fuera a desmayar, se apoya en una silla.

—¿Se siente mal?

—Nada, nada.

—¿Era su amigo? ¿Su pariente?

No contesta y sale. Todo da vueltas a su alrededor. Se sienta en un banco del jardín. No piensa. Está atontado. Pareciérale que hubiese recibido un golpe en la frente, un dolor agudísimo se la perfora. Y allí queda un rato, respira hondo. Después se levanta y comienza a andar, tan turbado aún que sobre el banco del jardín olvida el paquete de naranjas que traía para Lorenzo...

CeDInCl

DESPUES

CUENTO
FERNANDO R. MORENO

GRABADO
BRUNO WIDMANN

Una ligera somnolencia le oscurecía a veces la visión. Sacudía entonces la cabeza, aspiraba hondo el aire acre y caliente y hundía la mirada en las últimas napas del cielo.

Se revolvió entre los alimentos, las frazadas, los discos, la victrola de manija. Tesoro pacientemente acumulado. Quién los disfruta ahora, quién es el dueño. Esa es la gran verdad, María, te das cuenta. Nadie me lo predijo nunca, nadie. Vos no entendés, claro, vaya sorpresa. Diciendo idioteces cuando uno vuelve cansado. ¿Qué? Sí, ya sé, como si eso bastara. Me importa tres cuernos que me quieras.

Su mano ulcerada aleteó prudentemente sobre las llagas. Curioso. No duelen. ¿Aquí? ¿Esta? No, apenas una picazón. Debe ser que le da el sol, tengo que correrme un poco.

—Tra-lalá. No cantar. Mejor pensar la música, menos esfuerzo.

Arengold, muerto. Barengold, muerto. Buján, muerto. Costa, muerto. Mis compañeros del colegio todos muertos.

El profesor de historia me tenía entre ojos: Amiguito, usted de seguir así no llegará a nada. Equivocación. He durado más que todos. Más que todos.

Un deseo insistente le desviaba la atención hacia el pórtico alzado entre ruinas, allá a cincuenta metros. A muchas la explosión las sorprendió en pleno placer, es divertido. Ayer salió bien. Menos rígida y es tan bonita. Puede ser que la haya conocido antes pero no me acuerdo. Salió bien, poco olor. Marta. Algunas vez hubo una Marta. A quién le importa ahora. Único dueño de todos los cadáveres. Todas son mías hasta donde pueda arrastrarme.

Ulises en el salón. No lo asea mal. U-l-i-s-e-s. U-li-ses.

Tomó un pan y lo acomodó entre las rodillas, e hizo hincar lentamente el cuchillo en la miga blanda, que cedía de a poco, húmeda, abriéndose como goma. Hecho. Una tajada de salame. Así.

Error, error. Un simple empleado. Pero dónde están ellos ahora.

Su rostro apagado se inclinó sobre el polvo de la plaza, casi besándolo.

He durado más, mamá, estoy seguro de que les gané a todos. Ellos siguieron estudiando y de qué les sirvió. Algo interior es lo que ha vencido, tu hijo es inteligente como vos creías. Algo interior es lo que ha vencido. Se puede decir fungiforme o en forma de hongo, de las dos maneras quiere decir lo mismo. Fue tan hermoso verla subir, azul. La nube hongo, taparlo todo con una sombra espesa que se llenaba de gritos, de cantos. Cantaban como cuando voy con los otros chicos a la misa de diez. Tan hermosa la explosión y la nube, azul. Pero por qué cantarían.

No he fracasado, María. Cuando oscurezca tal vez... Vomitó su risa al sol, escupiendo un pedazo de pan.

La de anoche quizá virgencita. Hasta donde pueda arrastrarme. Eso no es realmente malo, no creo haber hecho nunca mal a nadie. No, lo de María no, mamá. Ella tuvo la culpa de que la dejara. U-li-ses. La maestra me felicitó delante de todo el grado. Qué bien sabía esa lectura. Yo me preguntaba quién diablos podría llamarse Ulises. Nunca conocí a nadie que se llamase Ulises.

Había algo áspero en el aire que le quemaba la piel. Hundió las manos en el tacho con agua y se las pasó por la cara.

Valente, muerto. Yegros, muerto. Zuznik, muerto.

María ¡oíme! ¿Estás bien, no es cierto? Esta noche vuelvo temprano, esperáme. Tenía pensado quedarme con... pero no, te lo aseguro. Yo estoy muy bien, ya casi desapareció esa puntada. Te juro que volveré temprano.

Todo será temprano cuando era te juro como antes volveré como puntada María quién diablos

Una sorpresa incrédula distendió sus mejillas, los dedos trenzaron el aire y las cuencas de sus ojos, súbitamente giradas al fondo negro del cráter de la grieta, contaron los globos de saliva que caían como de una cascada agotada.



CeDInCl

APENAS UN SUEÑO

CUENTO
MIGUEL ALASCIO CORTAZAR

XILOGRAFIA
ITALO GRASSI



Abuelo Pedro era un viejo cargador de Quequén. Alto, huesudo, arqueado, de rostro agudo como sus juicios, nacidos de la acuciante necesidad de explicarse el mundo en que vivía. La mirada triste, muy triste y penetrante, la nariz corva como la punta de la hoja de una hoz. Conocía bien a la gente del puerto, sus problemas: en los muelles, muchas soluciones se habían logrado por sus consejos. Cuando algo le preocupaba pasaba horas frente al mar, reconcentrado entre los bloques de cemento de la escollera, con la mirada perdida en la verdosa lejanía. Así estaba ese desolado atardecer de otoño.

Intrigado y perplejo, sentía a los seres que había amado y amaba —identificados con los protagonistas de un libro que acababa de leer— forzar sus recuerdos para sumergirlo nuevamente en la lectura. Sabía que la imaginación se nutre de la realidad, pero eso no lo libraba del fenómeno que lo iba dominando, menos aún de las pesadillas nocturnas que vagaban libres por su mente desde que finalizara el primer capítulo. No bien recobraba la lucidez con la llamada al trabajo, las imágenes se disipaban aparentemente sin dejar rastros, pero su cabeza quedaba hecha un bombo. Tenía la impresión de soñar un sueño ajeno, que buscaba dominarlo desde el último hueco de su conciencia. Sentía ese llamado equívoco y siniestro, que lo unía al Otro, y nada podía hacer para impedirlo. Pensó si tal vez no le habría llegado su turno.

En el fondo del sueño creía ver a la muerte aguardando impávida, como un sapo entre el bronco zumbido de los insectos. Era una viejísima niña de rostro consumido, cuerpo esca-

moso, de movimientos casi imperceptibles. El chapoteo enérgico y rezongón de las olas contra la escollera lo hizo volver en sí. Era noche cerrada y el mar se resumía en una oscuridad espacial. Debió estar muy ensimismado para olvidarse el zurrón —su viejo zurrón— en las peñas. A paso lento se alejó hacia el “Executive” — antes, años atrás, “Gran Hotel La Flor de Loto”.

A tuestas, en la habitación sombría y húmeda e impregnada de olor ácido, se tiró boca arriba en el camastro. Le pesaban los párpados. Apenas los cerró, vio el mar observándolo como un ojo profundo e insondable. Con el cuerpo tenso, suspiró hondo buscando el escape de la vigilia pero las imágenes regresaban, todavía confusas, pegajosas, superpuestas, hurgándole el cerebro con un ritmo monótono y excitante. Cediendo, reabrió el libro, pero a poco vio elevarse el barrilete, palabra a palabra, línea a línea, empezó a sentir el deseo de nadar en el aire limpio, como cuando era niño. De volar paralelo al hilo sujeto a un perno corto, grueso y combado que se movía como un dedo pulgár, en la base de la vieja grúa, mostrándole irónico la paradoja de su destino: apenas un número, cuanto más una cifra, en aquella gigantesca cornucopia dorada del puerto cerealero.

“En un principio —sabía contarle, resignada, su madre— la tierra y el cielo estaban unidos por una cuerda y los hombres tiraban de ella para llamar a los dioses; pero a medida que los amos se hicieron poderosos el cielo comenzó a ascender y la cuerda se cortó, llevándose los dioses la ilusión de los hombres y dejándoles a cambio la impiedad”. Las palabras tenían un timbre cálido, suave y pausado, las recordaba con la misma claridad que veía el cometa trepar la brisa, henchido de orgullo, en rápidos zigzags terminados en combas voluptuosas. Luego comenzó a gozar del placer de hundirse en la comprensión de la trama, de encontrarse en el alma de los protagonistas, de manipular el mecanismo oculto de las circunstancias. No obstante el médico estaba ahí, en el medio del muelle, con la cabeza apoyada en la espalda del niño de vivos colores y larga cola. Fruncía el entrecejo mientras seres de caras borrosas, seres encorvados y exhaustos corrían afanosos de un lado a otro, sumergiendo a las dos figuras estáticas en un vórtice de ruidos y gritos sin sentido. Se revolvió en el camastro y oyó un lamento, luego otro más agudo que sonó como un latigazo contra las tablas del piso. Se oía a sí mismo, sofocado y tenso. Pedro estaba enfermo. Algo al corazón, fatiga, rápidos cambios de pulso; y por otra parte, según el médico, esa extraña manía de querer tocar el cielo con el barrilete en horas de trabajo. Los protagonistas iban a tomar la heroica decisión final, la del valor épico que podía liberarlos, pero todo lo que parecía tener un significado se trastocaba a causa de aquella extravagancia multicolor. Las antiguas virtudes —heredadas sin beneficio de inventario— estaban por estallar y Abuelo Pedro, en vez de hundirse en la pesadilla de muerte, asido al hilo del barrilete nadó, en el lomo frágil de una ola de aire fresco, hasta la playa polvorienta del silo más cercano.

Despertó con el golpeteo de las persianas agitadas por la brisa del amanecer. Con precaución encendió la vela. Pedro había tomado las vitaminas y dormía plácidamente. Las tres de la mañana: dos horas largas para la sirena. El silencio de la habitación le pareció acogedor y, mientras se tiraba nuevamente, seguro de dormir a pierna suelta, pensó que si bien las fantasías del relato apenas reflejaban la vida fantástica y cruel del puerto, habían creado en él la fuerza para vencer el fatalismo que confundía su voluntad porque —ahora no dudaba— todos los rincones de su conciencia le pertenecían.

ION:
ZAR
ENO
ADO
DEZ

CeDInCl



CORAL

HERALDO PRADO

XILOGRAFIA DE TACOS ORIGINALES

ACION:
AZAR
ENO
LADO
NDEZ

CONSEJO DE DIRECCION:

MIGUEL ALASCIO CORTAZAR

FERNANDO R. MORENO

HERALDO PRADO

CARLOS PATRICIO MENDEZ

CeDInCI

EDICION ESPECIAL

NUMEROS 2-3

CeDInCI

CARPETA EDITORA (en form.) Hecho el depósito de Ley 11.723. Argentina 1970/1971

se terminó de imprimir en Talleres Gráficos CILENTO, Beguerestain 2487, Lanús Oeste, el 19 de junio de 1970.